"Y llamó y convocó los grandes de su corte, y "viviendo aún, repartió entre ellos su imperio.

"Alejandro reinó doce años, y murió (1)."

¡Qué elevacion, y qué caida! ¡Qué principio y qué fin!—Este es el hombre: todas sus grandezas no son mas que los trofeos de su destruccion.

La historia de Jesucristo es el reverso de la medalla de los hombres, y podemos decir de él que sus abatimientos son los trofeos de su grandeza.

Esta es su historia:

"Despues que Jesus de Nazaret, hijo de María, "hubo pasado los treinta primeros años de su vida "en la pobreza y oscuridad del oficio de albañil,

"Fué la irrision de los hombres de su tiempo.

"Buscando la compañía de gentes de mala vida, "y llevando en pos de sí una porcion de publica-"nos, de débiles mujeres y de pobres pescadores, "fué perseguido y preso como un malhechor.

"Conducido de tribunal en tribunal, entregado "como un loco á las burlas del populacho, azotado "como un esclavo, y clavado en una cruz entre dos "ladrones, al fin murió.

"Despues de todo esto.... llegó á ser el rey in-"mortal de toda la tierra y de todos los siglos."

Entre todos los medios que podia escojer la Divinidad para dar á los hombres una idea de su poder, ¿podia inventar otro mas grande que el hacer que un hombre de baja estraccion, mas degradado todavia por la infamia de su muerte, llegase á ser, á pesar de su abyeccion, ó por mejor decir, por su misma abyeccion, ó mas bien por la infamia y con el mismo instrumento de su suplicio, llegase á ser, repetimos, desde luego el reformador del género humano, el Dios de la tierra y el objeto de la adoracion, del temor y del amor de todos los hombres, confundiendo á sus piés sus condiciones y sus inteligencias?—¿Podia encontrarse nada mas grande que el ver caer en presencia de este Crucificado todo el paganismo, con sus Júpiter y sus Venus, romperse el hacha de los Césares, detenerse el torrente de los bárbaros, dispersarse las escuelas de la filosofía, desarraigarse las instituciones y los hábitos mas inveterados, trasformarse las preocupaciones y los afectos de la misma naturaleza, y ver que él mismo, el tipo de la infamia y de la debilidad, se convierte de repente en el mas precioso ornamento de las coronas, y en la recompensa del valor?—¿Podia haber nada mas grande que el verle triunfar de todas las grandezas y de todas las fuerzas reunidas de la humanidad, y triunfar á pesar de las mas furiosas resistencias, y por medios siempre conformes á su estado: humildes, débiles, pobres, toscos, de todos y con todos triunfa siempre y por todas partes; y ver que el tiempo, este último y fatal escollo de las cosas humanas, que nada perdona, pierde solamente en gracia de este mismo Crucificado las propiedades de su naturaleza, y cede su lugar á la eternidad?

¿Puede concebirse una espresion mas pura del poder de Dios, que semejante prodigio?

(1) *Lib.* 1.° *de los Macabeos* cap. 1.°

"Si eres el Cristo, Hijo de Dios, decian los ju-"díos al Salvador, baja ahora de la cruz, y creere-"mos en tí (1)."—Precisamente porque es el Hijo de Dios, dice d'Aguesseau, no bajará de la cruz. Las palabras del Hijo de Dios son inmutables. Predijo que moriria en la cruz, y en ella morirá. Para un hombre hubiera sido algo bajar de la cruz y salvarse; pero es digno de un Dios, y no conviene sino á un Dios el triunfar sobre la cruz, el atraerse á sí el universo, el vivir y dar la vida por medio de la misma muerte (2).

No es posible descartarse de esta consideracion: es demasiado poderosa. No se conoce un solo prodigio que se le pueda comparar, y se necesita una absoluta ceguedad para no verlo.

En el órden material el acto mas admirable del poder divino es el haber criado el mundo de la nada. Pues bien, ¿qué será el haber reformado el mundo moral, el haber dado á luz el cristianismo, y el hacerlo descansar con una inmutabilidad eterna sobre la nada, y hacerlo atravesar del mismo modo el océano de los tiempos?—Hay algo todavia de mas prodigioso: pues la cruz de Jesucristo no es solo, humanamente hablando, lo que podriamos llamar *nada*, sino que parece ademas un obstáculo: *locura* para los judíos y *escándalo* para los gentiles. El mundo cristiano no solo fué sacado de la nada, sino de entre los elementos mas violentamente contrarios á su naturaleza; y sin embargo, á despecho de todos estos obstáculos y de todos estos elementos, apareció lleno de vida desde el principio, y subsiste y se agranda incesantemente, venciendo siempre todas las conjuraciones de sus mas poderosos enemigos, que en vano se conciertan para destruirlo. En una palabra, todo lo que constituye la imposibilidad y la ruina inevitable de las empresas humanas, contribuye á que esta grande obra del poder de Dios esceda en fuerza y en duracion á todo lo que ha ecsistido desde que fueron criados los primeros séres.

"Si la divina sabiduría de la cruz es impenetra-"ble en sí misma, dice Bossuet, se manifiesta por "sus efectos. La cruz despide una virtud que ha-"ce estremecer á todos los ídolos. Se les ve caer "por tierra, á pesar de estar sostenidos por todo el "poder romano. No son pues los sabios, no son "los nobles, no son los poderosos los que han obra-"do tan gran milagro; la obra de Dios siguió sus "efectos; y lo que habia principiado por las humi-"llaciones de Jesucristo se consumó por las humi-"llaciones de sus discípulos. Los apóstoles y sus "discípulos, la escoria del género humano, y la na-"da misma, si se les mira con los ojos humanos, "pudieron mas que todos los emperadores y todo "el imperio. Los hombres habian olvidado la crea-"cion, y Dios la recordó sacando de esta nada á su "Iglesia, á la que concedió omnímodo poder contra "el error; y confundió con sus ídolos toda la gran-"deza humana que se interesaba en defenderlos, é

(1) Luc., cap. 23, v. 39.
(2) D'Aguesseau, *Reflecsiones diversas sobre Jesucristo*, t. xv, p. 597.

"hizo tan magnífica obra, del mismo modo que ha-"bia hecho el universo, por la sola fuerza de su pa-"labra (1)."

Para reasumirnos, diremos pues que en la cruz de Jesucristo se descubren en el grado mas infinito, y al mismo tiempo mas al alcance del hombre, todos los atributos divinos: la santidad, la justicia, la bondad, la sabiduría y la omnipotencia. Y estos atributos se descubren en ella sin perjudicarse los unos á los otros, antes al contrario, sosteniéndose y justificándose recíprocamente, de manera que el verdadero carácter de Dios nada pierde en ella, á pesar de que el carácter del hombre es allí invitado y atraido para conformársele.

En esa cruz se nos manifiesta Dios con todo el esplendor de su santidad y de su justicia, y á la vez con toda la magnificencia de su misericordia y de su amor. Es justo hasta en la absolucion del culpable. Nos revela su profundo odio al pecado en el mismo acto por el cual perdona al pecador. Con un mismo golpe hiere y cura, castiga y salva. Nos une á sí hasta hacer una sola persona con nuestra humanidad y su Divinidad, y al mismo tiempo declara que todas las criaturas juntas no tienen ningun valor natural ante su soberano acatamiento.

La religion natural nos enseña que no hay relacion posible entre lo finito y lo infinito; que Dios debe siempre obrar á la vez segun las inclinaciones de su justicia y de su misericordia, y conciliar la accion de su sabiduría y de su poder; pero ¿cómo pudieron estos atributos llegar á tener un contacto tan feliz en la obra de la redencion? Esta dificultad no puede esplicársela el hombre que profesa esta religion; pero cuando llega á conocer la doctrina de la cruz de Jesucristo, descubre desde luego la perfecta madurez y el desarrollo completo de los principios, de los cuales no poseia antes mas que las semillas elementales. En esa cruz se ha dignado el Señor, por un efecto de su compasion hácia nuestras miserias y de condescendencia con nuestra debilidad, dar vida y realidad á los confusos rasgos de la religion natural, y revestir las leyes eternas que arreglan su gobierno espiritual de una forma que pudiese hacerlas accesibles á nuestra concepcion y ponerlas al alcance de nuestras necesidades. La doctrina de la cruz anticipa los descubrimientos de la muerte, y solevantando el velo que nos oculta á Dios, nos muestra de mas cerca su carácter en sus verdaderas proporciones, y nos hace ver así los puntos por los cuales nos distinguimos de él, y por los que debemos procurar asemejárnosle.

Esta manifestacion nueva para la humanidad está sin embargo muy lejos de serle estraña, porque se halla en armonía con las inspiraciones de nuestra razon y nuestra conciencia, hácia las cuales nos reconduce. Mas aún, nos reune como fragmentos dispersos, suple los que se perdieron y los junta todos en un glorioso conjunto de belleza y simetría. Satisface el corazon del hombre en todas sus facultades y en todas sus afecciones. Su accion se halla siempre ecsatamente adaptada á los principios elementales de nuestra naturaleza, y la gloriosa verdad que revela está al alcance de todos los espíritus. Inteligible para el niño, puede no obstante dilatar y sublimar la inteligencia de un ángel. A medida que se agranda el entendimiento, va esta verdad agrandándose con él, y debe agrandarse eternamente, porque es la imágen viva del Dios infinito. Con todo, por mas inmensa que sea, se la encuentra siempre en disposicion de producir por todas partes un efecto relativo á la capacidad de los que la reciben, aunque sea en la inteligencia mas limitada (1).

Contemplemos pues en la cruz el glorioso carácter de Dios, y unámonos para rendir gracias y alabanzas al que se dignó introducir, por caminos tan oscuros, la luz de este carácter en el corazon del hombre. Ejercitemos nuestra inteligencia en estas sublimes y purificantes meditaciones. Fijemos nuestros ojos en ese instrumento de salvacion que vemos con tanta frecuencia y que nunca miramos con atencion. En las horas de enfermedad ó de desgracia, tan frecuentes en la vida del hombre, toma una espresion solemne y penetrante, y distribuye al entendimiento y al corazon luces y consuelos, á cuyo lado todo es tinieblas y disgusto. Vosotros, sobre todo, que os habeis propuesto la investigacion de la verdad, y que flotando de sistema en sistema, deseais poderos fijar en algo decisivo, entrad en la doctrina de la cruz, y debajo del símbolo vulgar que la representa descubriréis una filosofia sublime y cierta, sencilla y fecunda, que resolverá todos los grandes problemas de nuestros destinos, que juntando la sintesis al análisis por medio de un encadenamiento luminoso, reunirá la verdad como en un solo punto, y os permitirá sin embargo seguirla en sus infinitos desarrollos; que ofrecerá á vuestra errante imaginacion una ancha y sólida base sobre la cual podréis asentar y levantar en fin, sin contradiccion, el edificio tantas veces destruido de vuestras convicciones, y poseer en la calma de la fé los verdaderos bienes de la inteligencia.

Pero la doctrina de la cruz no se recomienda solo por su *enseñanza*, sino tambien y principalmente por sus *aplicaciones*. Acabamos de ecsaminar su mecanismo; fáltanos ahora verla funcionar.

(1) Bossuet, *Historia universal*, 2.ª parte

CAPÍTULO X.

La redencion.—Sus aplicaciones.

No se nos ha mandado creer, para que nos limitemos á creer, sino mas biem porque los objetos revelados á nuestra fé tienden naturalmente á producir felices é importantes resultados en nuestro des-

(1) Hemos procurado intercalar en los párrafos precedentes algunas de las mas felices espresiones del *Ensayo sobre la fé*, de Erskine. En ellas se descubre el genio inglés, cuyas composiciones algo vaporosas y flotantes se prestan con dificultad á las citas, y exigen ser leidas por estenso.

tino y en nuestros caracteres. El que se dice á sí mismo: "He de creer tales cosas y he de practicar tales otras," ha cometido ya un error fundamental. Las doctrinas son los principios que deben escitar y vivificar las acciones: estos son los puntos de partida de las diferentes líneas de conducta; y como á una línea puede considerársela formada por la continuidad de sus puntos, ó tirada toda de su sustancia, del mismo modo la conducta cristiana se halla formada por la accion progresiva del principio cristiano, ó tirada de su sustancia. La doctrina de la expiacion es el gran molde espiritual donde la forma viva del carácter cristiano debe recibir sus combinaciones y sus propiedades. Si nos abandonásemos plena y enteramente á las impresiones de este molde, aun cuando no hubiésemos oido hablar nunca de los preceptos de la moral, nuestros corazones ofrecerian por esto mismo una fisonomía y una contraposicion armoniosa y enteramente ecsacta. Pero como se hallan siempre dipuestos á huir de este verdadero molde de santidad y de dicha para recibir impresiones contrarias de los objetos perecederos que nos rodean, ha sido preciso hacernos una descripcion de lo que debemos ser, y deducir del dogma la moral.

Por aquí se descubre la sinrazon de los qué quieren hacer de esto dos cosas distintas, y conservar la primera al mismo tiempo que desechan la segunda. La moral evangélica no es mas que la glosa de la doctrina de la cruz; se refiere continuamente al testo, donde toma su vida, su espíritu, su sustancia, y lo hace mas esplícito y nos lo distribuye.

Si la moral evangélica hubiese sido formulada en códigos de preceptos separados de la doctrina, y hubiese sido de este modo entregada al mundo pagano, es probable que nunca hubiera descendido á la aplicacion, no dirémos entre la generalidad de los hombres, pero ni siquiera entre los mas perfectos. Hubiera sido como una armadura de gigante enteramente desproporcionada á las fuerzas de la conciencia degenerada de la humanidad. Podemos convencernos de esto si recordamos que la moral de los estóicos, menos severa no habia podido hacer, segun dice el mismo Epicteto, *un estóico en embrion.*

Para esplicar, pues, el modo cómo esta moral evangélica llegó á ser la moral universal del género humano, y cómo un gran número de almas llevaron su observancia hasta los últimos límites, nos vemos necesariamente obligados á admitir que con esta moral estraordinaria se dió á la humanidad un agente estraordinario correspondiente á ella, una nueva conciencia que se hallase á la altura y á la dimension de esta moral en todas las direcciones de los afectos humanos, y en fin, que para una moral sobrehumana era menester una doctrina sobrehumana tambien.

A llenar estas funciones se adaptó pues la doctrina de la expiacion. La moral evangélica está cortada, por decirlo así, segun el modelo del Hombre-Dios, que no desplega todo su carácter divino sino sobre la cruz; de manera que solo por medio de la cruz pasa y se refleja sobre nosotros ese carácter divino, y por medio de nuestra conformidad con él, llega la moral evangélica á resumirse en la imitacion de Jesucristo. Ecsaminemos mas pormenor los efectos de esta doctrina, y por medio de qué tendencias y resortes realiza en nosotros esta imitacion.

1. El primer obstáculo que encuentra la moral evangélica en el corazon del hombre, es la repugnancia á creer que sea necesaria y obligatoria en lo que tiene de mas rigoroso: la castidad llevada hasta prohibir las miradas, la caridad hasta abrazar á un enemigo; la mansedumbre hasta presentar la mejilla á la mano que sacude el golpe; el desinteres hasta arrancar el ojo que escandaliza; y una vez llegando á la cumbre de la perfeccion por la senda de todas estas virtudes, la humildad que abate el orgullo, que huye de los elogios, y que no nos permite ver en nosotros mas que miserables, dignos del mas soberano desprecio, hé aquí lo que la conciencia humana no hubiera alcanzado nunca á conocer ni á adoptar; y ¿por qué? porque le faltaban dos nociones fundamentales: la nocion de la santidad infinita de Dios como ley de nuestro sér, y la nocion de su formidable justicia como sancion de esta ley.

La doctrina de la cruz, como hemos visto ya, nos comunica precisamente estas dos nociones, y las imprime con fuerza en nuestras almas por la grandeza de la víctima que se ofrece en ella, y el inflecsible rigor de la justicia que la inmola á la santidad. Fijada de este modo la idea y como el punto principal de la perfeccion, se cambia toda la escala proporcional de nuestras virtudes, el término flotante y grosero sobre que descansaba nuestra conciencia va retirándose indefinidamente hasta confundirse con la perfeccion misma de Dios, y sin permitirnos contemplar lo que hemos hecho, nos escita sin cesar á hacer siempre mucho mas.

De este modo se encuentra resuelto el primer obstáculo á la aceptacion de la moral evangélica, es decir, su defecto de necesidad; pues se halla inmutablemente establecida sobre esta regla cuya espresion viva es el dogma de la cruz: *Sed perfectos como lo es vuestro Padre celestial.*

Pero de esta solucion debia necesariamente surjir otro obstáculo: el hombre debia pasar de la estrema confianza á un desaliento estremado, y á fuerza de inspirarle el sentimiento de la sublimidad de su vocacion y de su indignidad propia, se le sumia en el abatimiento y en la desesperacion. ¿Cómo se le podia defender y armar contra este segundo peligro? ¿Cómo se le podia persuadir, por mas corrompido que estuviera, que se temiese á sí mismo y á sus semejantes, y que podia encontrar gracia y misericordia en la presencia de ese mismo Dios, cuya santidad es tan ecsijente y su justicia tan temible? ¿Cómo se le podia hacer creer que no solo podia sino que debia esperarlo? Todo esto es efecto necesario del dogma de la cruz dispuesto de tal manera que la santidad misma que aparece en ella armada de la justicia se deja ver tambien allí mismo desarmada por la misericordia, y en una proporcion no menos infinita; porque, si bien es un Dios el que administra la justicia, tambien es un Dios el que nos concede la misericordia, así como es un Dios el que ecsije, y es un Dios el que satisface; y como esta satisfaccion es desde luego tan infinita como la ecsijencia, es consiguiente que seria hacer un ultraje no menos grande á la Divinidad dudar de su misericordia como dudar de su justicia, y porque la medida de la perfeccion infinita á que somos llamados es tambien la medida de la confianza y de la esperanza que deben animarnos, aun cuando nos hallemos sumidos en el mas ínfimo grado de nuestra imperfeccion, hasta tal punto, que el mayor criminal, por un acto de humildad y de confianza en la misericordia divina, es tan agradable á Dios como el santo mas celebrado.

¡Cosa verdaderamente admirable! el mismo dogma se dirije á todos los hombres indistintamente para hacerlos mejores, y, cualesquiera que sea su punto de partida, hacerlos caminar sin interrupcion hácia una perfeccion ilimitada. A los mas perfectos les muestra un juez severo, á los mas débiles les ofrece un gran mediador. A los unos les dice: Desconfiad y temblad aun en la cima de la mas elevada virtud, porque una sola mirada de complacencia dirijida sobre vosotros mismos basta para haceros perder todo el fruto de vuestros trabajos. ¿Qué sois delante de la santidad del Dios que ecsijió semejante víctima? A los otros les repite siempre: Confiad y esperad, aunque hubieseis llegado á los últimos límites del mal, porque una sola mirada de arrepentimiento y de amor hácia la cruz es bastante para apropiaros los méritos infinitos de un Dios, y no debeis vosotros poner límites á su misericordia.—Así es que por una economía maravillosa el dogma de la redencion se adapta y satisface á las dos grandes debilidades del corazon humano, el cual pasa sin cesar de la confianza al abatimiento, y del abatimiento á la confianza; humilla al hombre sin abatirlo, y lo eleva abatiendo su orgullo: por el temor y la esperanza admirablemente ligadas y combinadas, consigue sostener nuestra frágil naturaleza, como por dos pesos infinitos, en el mas alto grado de moralidad, y esto con tal sencillez, que la misma cruz que inflama y sostiene el piadoso ardor de la santa hermana de la caridad, recibe el ósculo del parricida conducido al cadalso, é inspira á los dos la confianza de encontrarse en el cielo. La gran víctima recibe en su seno á todo el linaje humano; con sus dos brazos abiertos sobre el mundo, por una parte parece esceder en santidad todas nuestras virtudes, y por otra ser mayor en misericordia que todos nuestros crímenes, y derramar sobre nuestras cabezas culpables los méritos infinitos de su sangre.

De aquí resulta una cosa muy digna de notarse: las otras religiones, menos escrupulosas, no conocen lo que en el cristianismo llamamos pecados *veniales*, y el mundo *escrúpulos*, y que, sosteniendo los esfuerzos y la humildad de las almas mas puras, les impiden caer en faltas mas graves. Pero por otro lado hay en las otras religiones crímenes *inexpiables* (1) que no ecsisten en el cristianismo. Sucedia con frecuencia en las religiones antiguas que los crímenes inexpiables eran involuntarios: testigo aquella gran figura de Edipo, víctima inocente y deplorable de los caprichos y de la inflecsibilidad del destino. La Religion cristiana, que no conoce alma alguna ecsenta de faltas, tampoco conoce faltas ecsentas de perdon, porque ella sola posee y revela el verdadero tipo de la justicia y de la misericordia, de la santidad y del amor. A los mas pecadores es á quienes se dirije principalmente, representándoles la Divinidad bajo la forma de un padre que espera á su hijo, ó de un pastor que corre tras de su oveja. Solo hay un crímen que sea inexpiable á sus ojos, este es el que se llama *pecado contra el Espíritu Santo*, es decir, el desprecio de sus misericordias y de sus gracias, y la continua negligencia en aplicárnoslas; pero aun en esto llega su caridad á un estremo, pues no se irrita sino por amor, y no nos retira su misericordia sino para obligarnos á aceptarla.

El talento juicioso y penetrante de Montesquieu le dictó estas bellas palabras:

"La religion pagana, dice, que no prohibia mas "que algunos crímenes groseros, y que detenia la "mano, pero dejaba abandonado el corazon, podia "tener crímenes inexpiables. Pero una Religion que "abraza todas las pasiones; que es tan celosa de las " acciones como de los pensamientos y deseos; que "no nos tiene sujetos con algunas cadenas, sino con "un número innumerable de pequeñas cuerdas; que "deja siempre muy atrás á la justicia humana, y "principia otra justicia diferente; que sin cesar nos "lleva del arrepentimiento al amor y del amor al "arrepentimiento; que coloca entre el juez y el cri-"minal un gran mediador, y entre el justo y el me-"diador un gran juez; para semejante Religion no "puede haber crímenes inexpiables.—Pero aunque "ella infunde temores y esperanzas á todos, nos ha-"ce conocer que aunque no haya ningun crímen que "sea inexpiable por su naturaleza, una vida ente-"ra puede serlo; que es muy peligroso tentar incen-"santemente á la misericordia con nuevos crímenes "y nuevas expiaciones, y que inseguros acerca de "las antiguas deudas, nunca satisfechas respecto del "Señor, debemos temer el contraer otras nuevas, "colmar la medida y llegar al término donde se aca-"ba la bondad paternal (2)."

Así es como el dogma de la redencion escita en el mas alto grado las susceptibilidades de la conciencia humana, haciendo siempre marchar el temor á la par de la virtud, y la esperanza delante del crímen, y así es como escita sin cesar al alma y conserva sobre ella una accion saludable, por una mezcla de terror y de confianza que la estimula sin desalentarla.

II. No se limitan empero á esto solo los medios de regeneracion que trajo á la tierra el dogma

(1) Ciceron, en su *Tratado de las leyes*, lib. 2, cita este pasaje del libro de los pontifices: *Sacrum commissum, quod neque expiari poterit, impie commissum est; quod expiari poterit, publici sacerdotis expianto.*

(2) Montesquieu, *Espíritu de las leyes*, lib. 24, cap. 13.

de la cruz. Hay otro muy poderoso, sin el cual la moral evangélica no hubiera penetrado seguramente en las almas: este medio, que vamos ahora á ecsaminar, es el del *ejemplo*.

Por poco que observemos el corazon humano, nos convenceremos que entre prescribir una cosa y ser el primero en hacerla el que la prescribe para dar de ella ejemplo, hay una diferencia inmensa respecto á la impresion que causa sobre los que se quiere obligar. Nada es tan contagioso y persuasivo como el ejemplo. Todos los tratados de patriotismo imaginables no hubieran hecho sobre el pueblo romano lo que hizo el desinteres de Régulo; ni hubo nunca ninguna arenga que tuviese tanto valor como la accion de Condé arrojando su baston de mando en medio de las filas del enemigo, y siendo el primero en arrojarse entre ellos para recobrarlo. El ejemplo es tanto mas persuasivo cuanto es mas elevado el personaje que nos lo da, y es tanto mas necesario cuanto mas riguroso es el precepto y mas grande el número de personas á quienes se dirije.

Dirijiéndose á todos los hombres indistintamente la moral evangélica, tan repugnante para la corrompida naturaleza del hombre, debia pues presentarse armada de un grande ejemplo y resumirse en una accion sencilla y elocuente que se atrajese todas las miradas y hablase á todos los instintos.

La vida, y principalmente la muerte de Jesucristo, contiene el ejemplo mas perfecto, mas decisivo y seductor. La moral evangélica no está solo en los libros y en los discursos; se la encuentra por todas partes y en el mas alto grado en la cruz de Jesucristo, libro abierto á todos los ojos, cátedra elocuente que habla por sí sola, y de donde salen con energía el conjunto y los mas minuciosos detalles de la ley evangélica, perfecto modelo para todos inteligible, sencillo é inagotable, que puede ser comprendido de una sola mirada, y eternamente digno de fijar para siempre la atencion de todos.

¿Quién puede negar la elevacion del ejemplo? Es el mismo Dios quien lo da.—¿Quién puede encontrarle faltas? Encierra la mas inagotable perfeccion.—¿Quién puede dudar de su desinteres? El que lo da no tenia ninguna obligacion de hacerlo. —¿Quién puede, en fin, dejar de comprenderlo?— Está rebosando por todas partes claridad y la mas pura y perfecta espresion.

El legislador se convierte á sí mismo en víctima de la ley para reproducir y pintar con mas viveza su necesidad; el médico es el primero que prueba el remedio en su propia persona; la palabra se convierte en accion, y en fin, el Verbo se hace carne para imprimirse mejor sobre la carne humana.

¡Cuán bien era preciso conocer el corazon del hombre y amarlo, para valerse de semejante medio, tan estremado en apariencia y tan insensato! ¿Quién sino el autor mismo del hombre hubiera podido concebirle, y hubiera tenido suficiente bondad para ponerlo en práctica, y bastante poder para hacerlo triunfar?

Es tan indulgente el hombre para consigo mismo, dijo Juvenal, que nunca cree haberse aprovechado bastante de la libertad de obrar mal:

Nemo satis credit tantum delinquere, quantum
Permitas; adeo indulgent sibi latius ipsi (1).

Con semejante disposicion, ¿qué hubiera sido de la moral evangélica, si se hubiese presentado desprovista del peso decisivo del ejemplo de su autor?

"Supongamos, dice Bourdaloue, que el Hombre-"Dios, en lugar de la cruz, hubiese escojido para "salvarnos las delicias de la vida; ¿qué ventajas no "hubiera sacado de esto nuestro amor propio, fuen-"te de toda corrupcion, y hasta qué punto no se "hubiera prevalido de ello? ¿Me hubiera atrevido "entonces, como ahora lo estoy haciendo, á ecsiji-"ros la mortificacion de los sentidos, la crucificsion "de la carne, la renuncia de vosotros mismos y la "humildad de la penitencia? En semejante caso, "¿os dignariais escucharme? ¿No seria esta sola "idea de vuestro Dios, rodeado del esplendor de los "honores y de los placeres, una preocupacion in-"superable contra todas mis palabras? ¿Cuánta "fuerza no da pues á todas ellas y á mi ministerio "ese ejemplo de un Dios muriendo sobre la cruz? "¿Con cuánta autoridad puedo pues deciros que es "menester que seais humildes, mortificados y des-"prendidos del mundo? En el caso contrario, ¿no "os lo hubiera dicho temblando y desesperando de "ser creido (2)."

La concupiscencia, la voluptuosidad, la ambicion, el orgullo, las alegrías insensatas y los bienes de la tierra, en una palabra, habian arrastrado á los hombres á una multitud de crímenes y de males; y era necesario nivelar todas aquellas pendientes desordenadas, y obligar al mundo á inclinarse hácia las virtudes contrarias, esto es, la abnegacion, la penitencia, la humildad, los sacrificios de la naturaleza y las solas alegrías de la virtud. Para esto se necesitaba nada menos que todo el peso de un Dios. Por esto Jesucristo, pendiente de la cruz, pesa sobre el mundo, lo atrae todo á sí, cambia la direccion de todas las afecciones humanas, y en adelante es ya una gloria el ser humillado con él, es ganancia el ser pobre con él, es suavidad y dulzura el mezclar nuestros sufrimientos con los suyos, y es verdadera vida el morir á todo para sepultarse con el autor mismo de la vida. ¿Quién puede vacilar ya entre el vicio y la virtud, entre el placer y el deber? Dios está del lado de la virtud y del deber; ya no es solo la conciencia, es un Dios en persona, que encorvado bajo el yugo del sacrificio nos llama á seguirle diciendo: venid á mí todos los que estais cargados, y yo os aliviaré asociándoos á mis consuelos, del mismo modo que os asocié á mis dolores.

¿Quién puede desconocer el inmenso efecto del dogma de la expiacion, presentado bajo este punto de vista? ¿Quién no conoce que todo lo que parece estraordinario é inadmisible, en este misterio de un Dios-Hombre muriendo en una cruz, compren-

(1) *Sátira* 14.
(2) *Sermon de la Pasion de Jesucristo.*

de una invencion verdaderamente divina: tan sábia es, tan robusta, atrevida y generosa, y tan proporcionada se halla á las verdaderas miras de semejante empresa?

Admiremos en dos palabras toda la sencillez y fecundidad de este medio:—Lo que detiene y confunde á los hombres, en el cumplimiento del deber, consiste en que encuentran en su práctica repugnancia, pena y dolor; por consiguiente una cosa que acredita y ennoblece esta repugnancia, esta pena y este dolor, y que hasta los diviniza, es un resorte infalible é inmenso para hacer practicar el deber, porque no solo vence los obstáculos, sino que los convierte en medios de facilidad.—En una palabra, divinizar el sufrimiento es humanizar la virtud.

Pasando ahora á los detalles, si ecsaminamos todas las virtudes evangélicas, las vemos descender, por la eficacia de estos medios, sobre el mundo desde lo alto de la cruz.

El amor al órden ó á Dios, y la sumision á sus decretos, toman una espresion inefable por el ejemplo de la misma inocencia, que al ver aprocsimarse su sacrificio, esclama:—"Padre mio, apartad de mí "este cáliz; sin embargo, cúmplase vuestra volun-"tad y no la mia;" y se somete luego á esta voluntad hasta morir.

La fraternidad humana, la caridad: Dios muriendo por todos los hombres y diciéndoles: amaos los unos á los otros como yo os amo á todos; haciéndolos doblemente hermanos por la creacion y por la redencion, haciendo de cada uno de nosotros á los ojos de los demas, no tan solo un hombre, sino un hombre redimido, hermano de Jesucristo, purificado por su sangre, y dándole de este modo el mismo valor de un Dios.

El desprecio de los bienes de este mundo, y el amor de los bienes espirituales: un Dios despreciando los primeros, condenándolos y desacreditándolos con su voluntaria pobreza, y muriendo para alcanzarnos los segundos, y darnos por este medio la mas alta idea de su valor.

La fuerza para vencer los obstáculos que se oponen á la práctica de nuestros deberes: un Dios que se constituye jefe nuestro en esta gran lucha, y que cubierto de heridas, pero vencedor por medio de estas mismas heridas, nos inspira la mayor confianza, diciendo: *Confidite, ego vici mundum.*

El perdon de las ofensas, la dulzura, la bondad, la paciencia, la humildad: todas estas virtudes se ostentan sobre la cruz, y adquieren por la divinidad de su autor un poder de autoridad y una seduccion de ejemplo, que nos obligan á imitarlas, mas bien por atractivo que por razon, mas por dulzura que por necesidad.

¿Quién puede saber cuántas virtudes ha engendrado este divino modelo, cuánta energía y cuántas fuerzas ha inspirado, todas las lágrimas que ha endulzado, todas las pasiones que ha enfrenado, todas las prosperidades que ha ennoblecido, todas las desgracias que ha hecho amar? ¿Quién no admiró alguna vez su maravillosa aptitud para todas las situaciones de la sociedad y de la vida? En una palabra, ¿quién no descubre en la cruz de Jesucristo la mejor palanca que podia emplear el brazo de Dios para levantar al mundo?

III. Pero el dogma de la redencion obra ademas sobre el corazon humano por medio de otro poder. Este poder, el mas útil para el bien así como el mas formidable para el mal, es el sentimiento del *amor*.

El amor es el corazon, el cual constituye todo el hombre. El que ha sabido escitar el amor se hace dueño, y puede mandar lo que quiera, pues todas las pasiones no son mas que trasformaciones de aquella. No hay nadie que no sea susceptible, hasta el que nada ama, pues este se ama á sí propio sobre todo lo demas. Todos los desórdenes de la humanidad no son otra cosa que el desvío de esta llama desde su foco natal, que es Dios, hácia nosotros mismos y las criaturas que ella misma consume y devora. No hay pues regeneracion para la especie humana, si no consigue ampararse de este elemento terrible de nuestro sér moral, y si no dirije toda su actividad hácia su principio. Y sin embargo, ¡cosa estraña y digna de atencion! ninguna filosofía, ningun sistema de moral, ni ninguna religion humana imaginaron jamas inspirar el amor y conducir los hombres al bien por este sentimiento, que es siempre el primer obstáculo á la virtud, si no se le convierte en el primer móvil. Así es que ninguna religion ni ningun sistema de moral propusieron jamas la regeneracion radical del hombre. Todos lo dejan con sus afecciones desordenadas, las mas veces las desenvuelven, y no le ofrecen siempre sino vanas teorías y frívolas reglas de virtud, que no pueden causar impresion alguna en su corazon. Este corazon, inspirado por la naturaleza, sabe mejor que ella misma cuál es su ley, y aun violándola lleva en sí mismo su principio. No hace mas que cambiar sus términos, porque en vez de dirijir su amor á Dios, traslada el carácter de la Divinidad al objeto de sus amores. Este trastorno fué el orígen de la idolatría, en la que bastaba que una pasion fuese violenta para que por esto mismo se convirtiese en un dios, como dice el poeta: *Sua cuique Deus fit dira cupido* (1). De tal modo hizo Dios á nuestro corazon, que nada puede vivamente amar sino lo que lo conduce á él.

Al proponerse el cristianismo la grande empresa de apartar al hombre del desarreglo de sus pasiones, debia ofrecer á su corazon un objeto de amor inmenso: tomarlo débil y convertirlo en fuerte. Esta condicion estaba en la naturaleza de las cosas: al amor solo pertenece triunfar del amor, porque solo el corazon conoce el mecanismo del corazon.

Por cierto que el cristianismo no faltó á esta condicion. ¿No vino su divino autor, con la antorcha del amor en la mano, queriendo abrasar con él á toda la tierra? IGNEM VENI MITTERE IN TERRAM, ET QUID VOLO NISI UT ACCENDATUR? Él mismo es todo amor: DEUS CHARITAS EST. Su primer precepto es AMAR, el segundo tambien AMAR. En fin, de tal modo se compendia en el amor, que sus pre-

(1) Virgilio, *Æneid.*, lib. 9.